

## No ponga un enemigo en mi vida

Tal vez recuerden el fuerte descenso de popularidad de **George W. Bush** durante los meses posteriores a su toma de posesión como 43º presidente de Estados Unidos, el 20 de enero del 2001. Y tal vez guarden también memoria de cómo, inmediatamente después del atentado de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de aquel año, la popularidad de **Bush** comenzó a subir como la espuma, pese a su desdibujada actuación durante las horas posteriores a la tragedia. A partir de entonces, toda la acción política de **Bush** ha estado vertebrada por la persecución de un enemigo exterior a batir, primero en Afganistán y más tarde en Irak, sin reparar en medios y modos, mentira y tortura inclusive. La explicación es clara. La definición de un enemigo cohesiona a todo grupo, facilita su dirección y control gracias a la existencia de un riesgo potencial, amortigua la disidencia, enerva la crítica, deja en posición difícil a los discrepantes y estimula la adhesión incondicional. De ahí que sean muchos los políticos --y dirigentes sociales-- que buscan consolidar su posición y gozar de manos libres para desarrollar sus políticas, utilizando el socorrido recurso de proclamar un enemigo, más o menos artificialmente creado, al que se responsabiliza de todo mal que padece el grupo. Este enemigo puede ser externo, pero muchas veces se atribuye la condición de tal al adversario interno, que es trocado en enemigo en virtud de un frío proceso de negación y arrinconamiento. Así sucede, por ejemplo, cuando se demoniza al partido en la oposición, y cuando se instrumentaliza la recuperación del pasado con una finalidad incriminatoria. Los dirigentes políticos y sociales que justifican su gestión mediante la existencia de un enemigo --exterior o interior-- a derrotar suelen encubrir, de este modo, la falta de un auténtico proyecto de gestión que resulte sugestivo. Y pagan, además, el alto precio de la división del colectivo cuyo gobierno tienen encomendado y el enfrentamiento entre sus miembros. Hay, por tanto, que desconfiar siempre de todos aquellos que se empeñan en poner un enemigo en nuestras vidas. Van a la suya.